



porque tovimos noticia que habia muy gran poblado, é muy buena tierra; y habiendo andado treinta leguas, dimos en una provincia que se dice Cinaloa, en la cual habrá veinte ó veinte é cinco pueblos, de á ciento y de á doscientas é trescientas casas de aquellos petates ó esteras. Llegariamos allí á medio dia, é habiamos andado bien seis leguas, porque como era despoblado é tierra llana é ir á la ligera, caminábamos mucho; y como los indios nos habian ya visto, algunos que andaban desmandados á caza fuera de lo poblado habian dado mandado, é hallamos fechos tres escuadrones á la entrada del primer pueblo, fuera de él al un cabo; y estaban tan callados y sin hacer visajes ni dar gritos como suelen hacer otros indios, que nos admirábamos dello, y por llevar los caballos fatigados de gran sol que hacia, porque esta tierra es muy caliente, y ser en la fuerza de la siesta, nos pareció que era bien no acometellos, si ellos no nos acometian, y así pasamos por medio dellos con nuestro fardaje y gente de pié, sin acometerlos ni que ellos nos acometiesen, y nos entramos en el pueblo; y los indios se estovieron un rato como espantados, y despues movieron sus escuadrones, y se fueron el rio arriba, y aquel dia dormimos con buena guarda y recado, é las velas de pié prendieron cinco ó seis indios aquella noche, porque ellos mismos se venian á las manos para entender y saber qué gente éramos y lo que queriamos, para llevar razon á sus caciques; entre los cuales se tomó un indio que despues pareció ser cacique, ó capitan, ó persona muy principal dellos. Otro dia para ver la tierra é ver lo poblado que habia, salí con ocho de á caballo é con ocho ó diez peones, el rio arriba por un camino por donde los escuadrones habian ido, el cual dejaban tan ancho como un juego de bola, porque la gente segun pareció iba en su órden y hecho su escuadron, é la cantidad de la gente era mucha, porque como los escuadrones pasaban por aquel poblado, salian siempre muchos indios: é á tres leguas que habia andado, habiendo pasado ya por tres ó cuatro pueblos y todos los hallé despoblados, llegué á otro pueblo, é allí prendióse un indio, y paréme á informarme de él, é por dónde iba aquel golpe de gente, para ir á dar en ella; diciéndome el indio que cerca de allí estaban en un llano todos juntos, eché meños un español que faltaba de los de á pié, é así me ocupé en buscarlo, porque como éramos

pocos é los indios no se encarnizasen en nosotros, tenia muy gran pena por el que faltaba y dejé de pasar adelante; é fué que lo quiso Dios encaminar, porque si pasara é diera en la gente, no pudiera dejar de correr muy gran riesgo, yo é los que conmigo iban, por ser la cantidad de la gente que estaba junta mas de veinte mil hombres, y tan grandes flecheros como son, que dudó en todas las Indias haber otros tales, é así lo tovimos todo por misterio, segun despues vimos; y de aquí me volví al real, y hallé al español que se habia perdido, que segun parece en el primer pueblo que dí se habia desmandado y se habia vuelto. Con este indio que yo en esta jornada prendí se enviaron á llamar de paz los caciques, é vino uno é trujo consigo setecientos y tantos indios todos en hilera, sin traer ninguna cosa en las manos, mas de una caña verde cada uno con sus hojas delgada, y en llegando á donde estábamos las ponian una sobre otra en el suelo, y esto era en señal de humildad, porque entre ellos acostumbra venir desta manera. Despues de haber llegado todos y héchose una rueda dellos, soltáronse los que estaban presos, entre los cuales estaba uno que pareció ser persona principal, y se puso en pié en medio de la rueda de los indios, que todos estaban en cluquillas, y empezó á hablarles una habla que duró más de una hora, en que preguntando yo á la lengua, qué era lo que aquel decia, respondió que decia á los indios la grandeza de los españoles, é que se juntasen todos é se volviesen á sus casas, é otras muchas cosas. Despues de haber estado en esta plática, los principales dijeron que para poder mejor servir, querian estar cerca de los cristianos, que dónde tenian su asiento; y el capitan les mandó donde ellos quisiesen á una parte del pueblo, y así se pusieron en otro cuartel junto á nosotros, y fueron é trujieron sus mujeres é hijos é otra mas cantidad de gente. Estos indios, por lo que despues se pasó, se pusieron aquí con traicion, porque entre ellos ovo acuerdo que se pusiesen tan cerca aquella cantidad de indios, é los que entraron secretos, estando allí é viéndonós descuidados podian dar en nosotros so color de amistad, y así estovieron allí mas de treinta dias, porque como entraron las aguas de golpe, estovimos en este asiento mas de cuarenta dias, que no hizo tiempo de poder salir de allí. La órden que estos indios tenian en hacer su guarda era esta: cada cuarto velaban cincuenta indios dellos con sus arcos

y flechas en las manos, y estos estaban uno delante del otro, la rodilla hincada en el suelo, y una flecha puesta en el arco, y el arco armado á los pechos, para estar presto á tirarle, y rendian cuando los españoles. Vista esta orden, y celosos de lo que habia sucedido, y la mucha gente que allí estaba y orden que tenian, y los pocos que nosotros éramos, nos mirábamos mucho, y que cada cuarto rondaban dos de á caballo, por manera que nunca los indios vieron lugar para que oviese efecto su mala intencion, y así acordaron un dia de irse, visto cuán poco les aprovechaba su diligencia, y la noche antes enviaron sus mujeres y mucha parte de los indios, y otro dia en amaneciendo, los indios que quedaban arremetieron á huir para un monte que cerca de allí estaba; é visto que huian sin saber por qué, cabalgamos algunos de á caballo, é se tomaron algunos, de que se supo el secreto que tengo dicho. Estos indios sirvieron tan bien de caza, é palomas, é tórtolas, é liebres, é otras cosas que mataban con los arcos, que mantenian toda la gente del real; y estos se quisieron seguir que los de abajo se habian seguido cuando mataron á Hurtado, pensando que así nos descuidáramos como hicieron aquellos; lo cual hicieran si no fuera por las buenas rondas y velas que siempre tovimos sobre ellos.

Desde que las aguas ovieron aplacado algo, pasamos este rio de Tamachola é andovimos treinta leguas por tierra despoblada é sin camino, la via del Sur, en que no fallamos fuentes ni arroyos ningunos, porque esta tierra como es llana es muy seca, si no es algunas lagunas que habian quedado del tiempo cuando llovía replena el agua, y de aquella bebiamos; é así allegamos á otro rio que se dice Mayo, el cual estaba menos poblado que este de Cinaloa, aunque habia un buen pedazo de poblazon. Estos indios hicieron alguna muestra de aguardar de guerra, é salieron algunos á flechar los cristianos; mas luego huyeron, é así entramos la tierra é nos entramos en un pueblo. La gente deste rio es del mesmo arte de la de Cinaloa, y de la misma lengua, é así tienen las comidas é todo lo demas. Aquí acordamos los puercos que llevábamos vivos por ir mas á la ligera hacerlos tocinos; y como hacia calor por habernos abajado á la mar, y ellos ir gordos, se ahogaban. Los hicimos tocinos, los cuales no poco provecho nos hicieron, que si no fuera por ellos, dudo yo poder vivir los cristianos, por-

que no habia otra comida sino maiz é frisoles: aunque habia alguna caza en los campos, no habia con que matalla, y no habia espacio.

En este rio tovimos noticia de otro que estaba de allí siete ó ocho jornadas, que era muy poblado, segun los indios decian, é que nos habian de matar á todos, si allá íbamos, y así pasamos este rio con balsas, y llevando un brezo indio por guía, porque no habia camino, nos partimos é caminamos siete dias sin hallar poblado, y habia dia que andábamos cinco ó seis, y el postrero dia que allegamos al rio de Yaquimi andovimos siete. Este dia se nos ahogó alguna gente de la de servicio de sed, y se ahogara más si no fuera por unos cardones á manera de tunas que hay en aquella tierra, é cortábamos con las espadas unas rebanadas, y con el zumo se sustentaba algun tanto la gente, porque en todas siete leguas no se halló agua. Este dia que llegamos á Yaquimi era dia de Nuestra Señora, é por ser tarde nos quedamos desviados desta banda del rio buen pedazo, y otro de mañana entramos en el arboleda que va por él, que tendrá tres cuartos de legua, todo de álamos blancos; y como estábamos cerca de poblado habiamos hallado camino, y pasamos el rio por un vado, sin resistencia de indios; y en pasando el rio hallamos un pueblo pequeño, sin gente ninguna, y de él salia un camino muy ancho el rio abajo, y seguimos por él, y dende á un poco que habiamos andado, los que iban delante del real descubriendo, volvieron á decir como habia gente de guerra que nos estaba aguardando; y así juntamos toda la gente del fardaje, y tomándola en medio de la avanguardia y retaguardia caminamos hácia los indios de guerra, los cuales estaban en un gran llano que duraria legua y media, y como nos vieron comenzáronse á venir para nosotros muy denodados, y echando puños de tierra para el cielo, y temblando los arcos y haciendo muchos visajes. Entre ellos venia un indio mas señalado que los otros porque traia un sambenito negro como escapulario, el cual traia sembrado por él de conchas de perlas muy labradas, é que traia muchos pernillos, pájaros é ciervos é otras muchas cosas, é como era por la mañana é el sol daba en él, relumbraba á manera de plata, y este traia su arco y careax de flechas, y una porra muy bien labrada en la mano, y venia regiendo la gente. Llegámonos los unos de

los otros tanto como dos tiros de piedra; y como estovimos tan cerca, este indio que á los otros gobernaba se adelantó de todos é con el arco hizo una muy larga raya en el suelo, é se hincó de rodillas en ella é besó la tierra, y despues de hecho esto se levantó, y parado él é su gente comenzó á hablar diciendo que nos detoviésemos, y que no pasásemos aquella raya que él habia hecho, porque si la pasábamos nos matarian á todos, y entendido el capitán les dijo con la lengua, que no íbamos á hacerles dápño ni mal, que antes los queríamos por amigos é queríamos paz, que se volviésen á sus casas, que nos trujesen bastimento é de lo que tenían, que no les haríamos daño ninguno, que no íbamos sino á ver aquella tierra; y á esto respondieron que ellos eran contentos de traernos de comer, que nos asentásemos, é que atarian con unas cuerdas que ellos traían los animales, que eran los caballos que nosotros teníamos, y á nosotros también, é que despues de atados nos traerían de comer; y luego se empezaron á desatar unas cuerdas que traían ceñidas para este efeto, y á tener entre ellos muy grande orgullo; y visto esto nos pareció que debíamos de dar en ellos antes que ellos nos flechasen, é asestóseles un tirillo que llevábamos de campo al mayor golpe dellos, é en soltando el tiro dimos el Santiago sobre ellos. Estos indios pelearon tan bien é tan animosamente como he visto á indios despues que en Indias estoy, é á ningunos he visto pelear tan bien como ellos, é si no los tomáramos en tierra tan llana y apacible, nos hicieron muy mayor daño del que nos hicieron, aunque fué harto, que hirieron doce caballos é mataron uno, é no llevábamos sino diez y siete por todos, y con el ayuda de Dios los desbaratamos, é nos volvimos á aposentar al pueblo que primero habíamos hallado, donde se curó de los cristianos, que habia cinco ó seis heridos, é de los caballos. Este rio es muy poblado y de mucha gente, y los pueblos del arte de los de Cinaloa y de Mayon, aunque son mayores y de más arte. Por orilla deste rio viene una cordillera de sierra que nace de la principal y entra en la mar, á mi parecer mas de veinte ó treinta leguas; y segun despues ha parecido desde esta sierra se hace el ancón que viene á parar la punta á Xalisco, que son doscientas leguas ó más, que es donde Ortun Jimenez, el capitán que se le alzó al marques, murió; á la cual tierra llamaban isla, porque como iba por aquel ancón

adelante y entraba en la mar, parecióles que no podia ser tierra firme, hasta que despues se fué á ella.

Despues de haber curado los cristianos y caballos heridos, con deseo de pasar adelante, tovimos lengua de otra provincia que el nombre no se me acuerda, que está hácia la sierra principal el rio arriba, é idos allá hallamos que estaba destruida de los indios de Yaquimi, que le habian dado muy gran guerra, é no hallamos bastimento para podernos sustentar, é así nos volvimos adonde primero habíamos tenido real, y desde allí fuí yo con ocho de á caballo hasta la mar, creyendo que pudiéramos ir de luengo de la costa é que pudiéramos bojar aquella sierra, por donde vi claramente la vuelta que hacia por la mar adentro, é visto que no habia camino é que era todo manglares é tierra muy áspera, me volví, é visto que no podíamos pasar esta cordillera sin mucho riesgo, por ser, como éramos, pocos, acordamos de volvernó á Culiacan donde llegamos vispera de Pascua de Navidad.

La demanda que llevábamos cuando salimos á descubrir este rio era las Siete Cibdades, porque el gobernador Nuño de Guzman tenia noticia dellas, é de un rio que salia á la Mar del Sur, é que tenia cuatro ó cinco leguas en ancho, é los indios tenían una cadena de hierro que atravesaba el rio para detener las canoas é balsas que por él viniesen, é era gente muy belicosa, é hallamos lo que tengo dicho.

Llegados á Culiacan hallamos alzada la tierra, é que los indios habian muerto muchos cristianos, y sin ningun bastimento de pan, porque como los cristianos en esta villa no tovieron donde sembrar al principio, halláronse en blanco, y repartíase por puños el maiz que habian de comer, y algunos dellos lo dejaban de comer y lo sembraban con sus manos, porque hay muy buenas tierras, por no verse en la necesidad que adelante se les aparejaba, la cual fué muy grande, é si no fuera por el socorro que de Xalisco se les hizo, se despoblara el pueblo; por donde parece claro que es menester que todas las tierras que se pueblan, al principio hacerse muchas sementeras, porque desto redunda muchas cosas que aquí podria decir.

Desde el rio de Petatlan hasta el de Yaquimi es todo de una gente, como tengo dicho: no hay frutas, ni batatas ni otras cosas que